

DEMOCRACIA Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMERICA LATINA

LUDOLFO PARAMIO

A finales de los años 70, cuando una marea de regímenes dictatoriales cubría el sur de América Latina, se produjo un efecto perverso muy característico de las relaciones entre el pensamiento y la realidad social. Una determinada concepción de los *nuevos* movimientos sociales desarrollada en Europa en condiciones de democracia, y en el comienzo de la *sobrecarga* del Estado de bienestar, fue proyectada sobre realidades autoritarias, y en las que se apostaba claramente desde los gobiernos por una regulación social exclusivamente mercantil, con el desmantelamiento de los servicios públicos o el abandono de cualquier intento de consolidarlos.

Mientras en Chile se privatizaba radicalmente la sanidad o se municipalizaba la enseñanza, con consecuencias devastadoras de dualización y marginalización sociales, el auge del pensamiento europeo sobre la colonización del *mundo de la vida* por la burocracia y el mercado como origen de los nuevos movimientos sociales se vino a sobreimponer a la realidad de una autoorganización social dictada ante todo por la necesidad de sobrevivir en condiciones de paro, liquidación de las organizaciones populares formales y caída o recorte radicales de los servicios sociales.

En otras palabras: mientras en Europa los movimientos sociales eran interpretados por Habermas¹ y un amplio espectro de autores como demanda de una nueva *comunidad*

frente a la *invasión* de la vida por la racionalidad del mercado y del Estado de bienestar, en el sur de América Latina los movimientos sociales eran ante todo movimiento de sobrevivencia, de *redistribución*, forzados a organizarse por la *exclusión* de extensas capas sociales de los circuitos del mercado y del Estado. El autoritarismo negaba representación y organización formales a aquellos a los que el ajuste neoliberal expulsaba de hecho del mercado de trabajo y del mercado a secas.

Los movimientos de pobladores, las ollas comunes, no eran una defensa de la *Gemeinschaft* amenazada por la *Gesellschaft*, sino un regreso a las formas comunitarias de organización ante una situación impuesta de exclusión de la sociedad formal: no eran un proyecto contraofensivo, sino una desesperada solución para sobrevivir frente al rechazo y el olvido planeados desde el poder. No sólo no se trataba de movimientos *proactivos* en el sentido de Tilly, sino que probablemente tampoco sería adecuado considerarlos reactivos², ya que originalmente trataban ante todo de buscar recursos (en formas elementales de comunidad) para asegurar la simple sobrevivencia, sin definir con claridad un enemigo responsable de sus males.

Ya se puede considerar una paradoja que en el momento de auge de las teorías (europeas) sobre los nuevos movimientos sociales la realidad más significativa en

¹ "Los nuevos conflictos no se desencadenan en torno a *problemas de distribución*, sino en torno a cuestiones relativas a la *gramática de las formas de vida*". Habermas, J. (1987), *Teoría de la acción comunicativa*, vol. 2. Madrid: Taurus, p. 556 [*Theorie des Kommunikativen Handelns*, Frankfurt: Suhrkamp, 1981].

² Tilly, C. (1978), *From mobilization to revolution*, Reading (Mass): Addison Wesley.

América Latina fuera la de movimientos sociales tradicionales, fruto no del desarrollo del capitalismo y la democracia, sino del fracaso de ambos en constituir un orden estable. Pero el verdadero efecto perverso fue el auge de la literatura sobre los movimientos sociales como *actores* en un momento en que en Europa se acumulaban los argumentos sobre las limitaciones de la política estatal y de los partidos³. La suprema paradoja era que un diagnóstico discutible pero razonable sobre las disfuncionalidades de la democracia europea se proyectara sobre una realidad en que la democracia había sido aplastada, y los movimientos sociales pasaban a ser actores fundamentales porque los partidos no podían cumplir (mejor o peor) sus funciones presueltas.

Mientras en Europa se teorizaba sobre los movimientos sociales como formas de participación política *alternativas* a los partidos tradicionales, en el sur de América Latina la realidad era que los movimientos surgían como consecuencia de la prohibición de los partidos y de los cauces tradicionales de participación política: no por rechazo de éstos, sino por su imposibilidad.

El resultado de estos dos malentendidos ha sido una grave malinterpretación de la dinámica de los movimientos sociales en América Latina, plasmada en lo que comúnmente se llama hoy, entre los profesionales y los teóricos de la política, el *basismo*. Es ésta una ideología que infravalora de la democracia representativa y concede exclusivo protagonismo a los movimientos sociales *de base*, que no sólo expresarían mejor la dinámica de las rei-

vindicaciones populares, sino que constituirían embriones de una forma superior de hacer política.

No se trata por cierto de una ilusión nueva: es la vieja búsqueda de una sociedad transparente y comunitaria frente a la opacidad y complejidad de las sociedades modernas. Una forma ya clásica de romanticismo que tuvo su apogeo histórico en los elogios de Marx a la Comuna de París, que sirvieron a su vez de base para el Lenin utópico de *El Estado y la revolución*, y que condujo finalmente a la desastrosa disolución de la Asamblea Constituyente en función de la superioridad de la democracia de los soviets. Una ilusión cuyos peligros ya fueron señalados por personalidades tan distintas como Rosa Luxemburgo y Marx Weber.

En la América Latina esa ilusión condujo a priorizar los movimientos de base sobre el trabajoso y enredado proceso de reconstrucción de los partidos políticos, que para el romanticismo de los observadores europeos suponía un infructuoso esfuerzo por volver a prácticas pasadas y estériles, o una lamentable tentativa de proyectar formas ya caducas en Europa de participación política sobre una realidad muy distinta de la europea. Los teóricos *basistas* (con considerable peso en las agencias no gubernamentales de cooperación) se sintieron en estos años libres a la vez de dos culpas: la de *eurocentrismo* y la del *cretinismo parlamentario*, por utilizar una expresión de Lenin que los basistas habrían rechazado por su pecaminoso origen, aunque se adecuara perfectamente a su desdén por la *democracia formal*.

³ Touraine, A. (1978), *La volx et le regard*, París: Le Seuil, y (1984), *Le retour de l'acteur: essai de sociologie*, París: Fayard.

La recuperación de la democracia ha traído sin embargo considerables sorpresas para la nueva concepción basista de la democracia. Ante la reapertura de los cauces institucionales para la participación política, los movimientos sociales han perdido protagonismo, y buena parte de sus cuadros dirigentes se han visto cooptados a la política institucional. Peor aún: los que permanecen en los movimientos buscan deliberadamente la negociación con los organismos de la democracia representativa, y a menudo demuestran (por ejemplo en Chile) una notable disposición a moderar las muy justas reivindicaciones de sus movimientos con el propósito de contribuir a la consolidación de la democracia.

Se podría pensar entonces que el auge de los movimientos sociales bajo los regímenes dictatoriales era solamente un resultado del bloqueo de los canales tradicionales de participación, y en consecuencia que el retorno de la democracia restablecería una cooperativa división del trabajo entre movimientos sociales y partidos políticos. Pero la cuestión es más compleja, ya que en la nueva realidad democrática no es evidente que el sistema político esté en condiciones de satisfacer las demandas sociales.

Como casi nadie ignora, desde 1982 se ha cerrado en América Latina una fase de crecimiento e industrialización basada en su comienzo en la sustitución de importaciones, y que tras la segunda mundial se caracterizaba por dar prioridad al consumo y al empleo interno frente a la competitividad y eficiencia de las empresas. La crisis de la deuda externa, tras el período de crédito

fácil creado por los petrodólares, que sólo permitió alargar el espejismo por casi una década, ha llevado al general reconocimiento de la inviabilidad de un modelo *mercadoInternista* de desarrollo.

Sin embargo, la bancarrota del modelo ha revelado también que la mayor parte de las economías latinoamericanas carecían de un núcleo endógeno capaz de permitir un crecimiento autosostenido en condiciones de integración en el mercado internacional⁴, y por consiguiente la imposibilidad de hacer compatibles políticas de redistribución con políticas de crecimiento económico. Las dramáticas quiebras económicas de Argentina, Bolivia o Perú han hecho evidente que las expectativas de los actores sociales podían verse frustradas tras el retorno de la democracia, y que eso podía conducir al enfrentamiento entre los movimientos y el nuevo gobierno democrático.

Volviendo al principio, hay que subrayar que el enfrentamiento surge precisamente por problemas de redistribución: no hay nada en común, por ejemplo, entre los movimientos europeos que pueden tratar de definir nuevas identidades colectivas dialógicas (ofensivas o defensivas) y movimientos que en América Latina se ciñen a problemas de sobrevivencia que se traducen en acceso al mercado capitalista o a la red redistributiva del Estado. No son movimientos que reaccionan a la expansión intrusiva del mercado y del Estado, sino a su clamorosa tendencia a la exclusión de sectores sociales mayoritarios o sustanciales⁵.

⁴ Fajnzylber, F. (1983), *La Industrialización trunca de América Latina*, México: Nueva Imagen.

⁵ Hay por supuesto excepciones: el feminismo o el ecologismo de clase media tiene presencia en América Latina, y sus demandas son perfectamente justas. Pero hay que reconocer que responden a realidades sociales minoritarias, aunque su discurso represente intereses generales.

El problema es que estos movimientos sociales, que podríamos llamar *premodernos*, han crecido y desarrollado sus estrategias y sus bases sociales en un contexto de crecimiento que podía ya ser insuficiente, pero que ahora además es inviable. Y eso deja un peligroso vacío entre esos actores y el sistema político. Si éste opta por políticas populistas o de redistribución, la crisis económica sólo puede agravarse hasta llegar a un callejón para el que no se adivina salida. Este sería el caso de Perú o de la Argentina de Alfonsín. Y si decide poner la recuperación económica por encima de las demandas sociales, deberá enfrentarse a los movimientos populares, tratando de rebajar sus expectativas y de crear un cuadro en el que las demandas particulares de pospongan a la recuperación global.

Este lenguaje tecnocrático ya resulta duro en Europa: en gran parte de América Latina significa un horizonte desolador. Uno de los mejores ejemplos de su concreción es Bolivia: tras el fracaso con Siles Zuazo de aunar saneamiento económico y nivel de vida, un suficiente consenso parlamentario ha permitido controlar la economía al precio de descalabrar a los actores sociales, y en especial a la COB, con el resultado de una brutal caída del nivel de vida y perspectivas aún muy lejanas de redistribución. No se podía seguir *así*, ciertamente, pero no se puede decir que la nueva realidad permita el entusiasmo.

Se plantea entonces una incógnita múltiple. Los actores sociales heredados del mercado-internismo o surgidos de las dictaduras excluyentes no poseen un potencial alternativo capaz de convertirles en protagonistas de la acción política, pues la democracia representativa sólo les deja elegir entre la cooptación o el enfrentamiento. Pero la cooptación, excepto en aquellos países con expectativas de crecimiento (Chile o México), es incompatible con su mantenimiento como tales movimientos, ya que es difícil imaginar que la base social de un movimiento le siga en una larga travesía del desierto, llena de sacrificios y penurias, con la esperanza de alcanzar o recuperar alguna vez condiciones decorosas de existencia⁶.

Esto impone casi como única lógica la del enfrentamiento, pero con la paradoja de que el triunfo de los actores sociales (o su capacidad de veto para las acciones gubernamentales, como en el caso de la Argentina de Alfonsín) sólo puede conducir a una situación aún peor que la de partida. Los actores sociales que América Latina hereda de la crisis de los años 80 están así casi condenados a la descomposición, ya mantengan su fuerza de veto, ya la pierdan ante un gobierno democrático que cuente con un suficiente respaldo parlamentario⁷.

Pero entonces se asiste a una situación desesperanzadora: los actores sociales sólo

⁶ Esta es, entre paréntesis, una debilidad peculiar de los movimientos como actores sociales: los partidos políticos, si se cuenta con un núcleo coherente y una buena estructura organizativa, resisten a medio plazo con mayor facilidad los periodos de travesía del desierto. En este sentido, los movimientos, por la misma espontaneidad que fascina a tantos estudiosos, son *demasiado* informales.

⁷ Los basistas, como Lenin, suelen pensar que en este segundo caso la democracia representativa traiciona los intereses populares: la cuestión es más compleja. Un trabajador puede seguir lógicas distintas como elector y como miembro de un sindicato, y, lo que es más difícil de aceptar, un parlamentario, una vez elegido, debe poner los intereses globales por encima de los de sus electores particulares. Véase Pizzorno, A. (1989), "Algún otro tipo de alteridad: una crítica a las teorías de la elección racional", *Sistema*, 88, pp. 27-42.

pueden mantenerse siguiendo estrategias autodestructivas, que de triunfar agravan la realidad de crisis social, y si son derrotadas es a costa de crear un abismo de legitimidad ante los actores políticos. Los ciudadanos, que por muy marginales o incultos que sean siguen siendo electores racionales, se ven forzados al simultáneo desencanto de los movimientos sociales y de los partidos políticos. En suma, pierden cualquier horizonte racional de actuación social o de participación política.

Cuando las expectativas racionales se derrumban sólo quedan las esperanzas irracionales, el milenarismo: el candidato que viene desde fuera del sistema político, el líder inverosímil pero que por ello mismo posee fuerza carismática. En ese momento *todos* los electores se sienten marginales, y optan por lo marginal: un guapo oligarca de Lagoas, un profesor japonés de ingeniería agrícola, un sorprendente gobernador de La Rioja. De ellos cabe esperar que traigan una solución mágica o que traigan, como todos los mesías, una versión secular del fin del mundo. Agotadas las expectativas racionales sólo cabe apostar por lo inverosímil. O como dijera Marx, en un contexto radicalmente distinto pero en el que también se habían agotado las vías calculables, mejor un final terrible que un terror sin fin.

Esta es la desoladora perspectiva que hoy

RESUMEN

En el presente, en la fase de recuperación de la democracia en América Latina, el sistema político tiene dos alternativas frente a los movimientos sociales que se han desarrollado en los períodos de dictaduras y que se han organizado como formas de sobrevivencia de los sectores excluidos política, social y económicamente: o políticas populistas, o situar la recuperación económica por encima de las demandas sociales. Por su parte la acción de los movimientos sociales hoy puede llevarles a una estrategia autodestructiva: su triunfo significaría una mayor crisis social; su fracaso provocaría el desencanto de los ciudadanos con los partidos políticos y los movimientos sociales.

ABSTRACT

Nowadays, when Latin America is in a period of recovering democracy, the political system can develop two ways of approaching the social movements which have arisen during dictatorial regimes and which have been organized as forms of survival by groups that are excluded either in political, social or economic terms: either populist politics or economic recovery above social demands. As for social movements, their action might take them to an autodestructive strategy: their victory would mean a bigger social crisis; their failure would provoke in citizenship disillusion towards political parties and social movements.

afrenta buena parte de América Latina: del agotamiento estratégico de los actores sociales, fruto del cierre de un modelo de desarrollo, se llega a una pérdida de credibilidad del sistema político, y al surgimiento de liderazgos inverosímiles. Se escapan ...de esta situación países en los que han aparecido actores... políticos nuevos (la Alianza Democrática/M-19 en Colombia), en los que los gobiernos tradicionales han sabido buscar un modelo económico con posibilidades de despeje en un contexto de economías abiertas (México), o en los que una coalición democrática hereda de la dictadura una economía viable contando con la paciencia de unos actores sociales muy castigados (Chile).

El reencuentro de la democracia y los actores sociales en el conjunto de América Latina deberá esperar al reenganche de las economías latinoamericanas en una dinámica de crecimiento global, que supere la actual dicotomía Norte/Sur. En una buena medida eso dependerá de las políticas del Norte, y es aquí donde quienes desean un futuro mejor para América Latina deberán apostar. La romántica idealización de los movimientos sociales, si no me equivoco, deberá dejar sitio en la conciencia europea a la responsabilidad política (democrática) para buscar nuevas políticas económicas de los países desarrollados que permitan un crecimiento compartido entre el Norte y el Sur.